

La era del plástico

JOSEP OTÓN

Vivimos en la cultura de lo transitorio. Todo es desechable. Nada permanece. Los vínculos son temporales. Se cotiza lo fugaz. Hasta lo más sublime debe ser efímero.

Y la base material de esta cultura de lo perecedero es el plástico; la panacea de la economía del derroche. Un material barato y multiusos. Impermeable, de baja densidad, aislante térmico, eléctrico y acústico, se adapta a nuestras necesidades más perentorias. Su plasticidad, de ahí su nombre, le permite adoptar la forma que más interese. Es la nueva piedra filosofal que transforma detritus como el petróleo en materiales extremadamente útiles. Le debemos grandes avances en ámbitos como la medicina, la tecnología o las necesidades más domésticas. ¡Qué sería de nosotros en plena crisis del coronavirus si no dispusiéramos del plástico! Guantes, mascarillas, batas y respiradores nos salvan a vida.

Al haber sido manipulado técnicamente, ha dejado de ser biodegradable, a pesar de su origen orgánico. En una sociedad donde nada permanece, el plástico no desaparece. Intentamos desembarazarnos de los objetos de plástico, pero se resisten a abandonarnos. Ni el fuego consigue eliminarlos como debiera. Contaminan nuestros mares, se acumulan en nuestros vertederos y, como solución, los enviamos a los países pobres. Saqueamos sus materias primas y luego les endosamos nuestros deshechos.

Si gracias a la inteligencia hemos creado el plástico, deberíamos aprender a reciclarlo. De lo contrario, la obra de nuestras manos invadirá hasta del último rincón del planeta.

En la era de lo provisional, el plástico nos amenaza con permanecer para siempre. *

